

fundidad (intensidad). Cada nudo, aquí o allá, fue o es un mecanismo minúsculo —digamos un ingenio azucarero— cuyas dinámicas actúan sobre una sociedad dada con una intensidad específica. De esta manera ningún nudo resulta idéntico a otro nudo, del mismo modo que ningún ingenio resulta idéntico a otro ingenio. Se comprende mejor esta idea si reparamos en que, además de las diferencias de orden histórico (tiempo) y geopolítico (espacio) que hemos observado en las plantaciones del Caribe, hay también diferencias de intensidad que atienden, por ejemplo, a las limitaciones impuestas por otro tipo de economía, o bien a razones de índole tecnológica, de organización del trabajo, etc. Digamos en Cuba, en el año 1860, había dos tipos principales de ingenio, uno semimecanizado y otro mecanizado; el primero de ellos estaba llamado a desaparecer, pero el segundo llevaría al llamado *central azucarero*, en sí una célula socio-económica de carácter autosuficiente que tendía a modelar la sociedad de la isla a su imagen y semejanza. El grado de intensidad, pues, no era el mismo en un ingenio semimecanizado que en uno mecanizado; en éste último la capacidad territorializadora y transformativa era mayor; uno influía con mayor profundidad que el otro en las superficies políticas, económicas y sociales de la isla. Sobre este particular dicen Gilberto Freyre y Darcy Ribeiro, respectivamente, al referirse al ingenio brasileño:

La Casa Grande [área residencial, del plantador], unida a los barracones de los esclavos, representa en sí misma un sistema económico, social y político: un sistema de producción (latifundio, monocultivo); un sistema de trabajo (esclavitud); un sistema de transporte (la carreta de bueyes, la litera, la hamaca, el caballo); un sistema religioso (catolicismo familiar, con culto a los muertos, etc.); un sistema de vida sexual y familiar (poligamia patriarcal); un sistema de higiene doméstica y personal (el orinal, el platanal, el baño en el río, en la batea, de pie en la palangana); un sistema político (el compadrismo). La Casa Grande fue al mismo tiempo una fortaleza, un banco, un hospital, un cementerio, una escuela, y un asilo dando abrigo a los ancianos, a las viudas y al huérfano [...] ¹⁶ Era la sincera expresión de las necesidades, intereses y del holgado ritmo de la vida patriarcal, hecha posible por los ingresos del azúcar y el trabajo productivo de los esclavos. ¹⁷

La *fazenda* constituye la institución básica modeladora de la sociedad brasileña. En torno a ella se organiza el sistema social como un cuerpo de instituciones auxiliares, de normas, de costumbres y de creencias destinadas a garantizar sus condiciones de existencia y persistencia. Asimismo la familia, el pueblo y la nación surgen y se desarrollan como resultantes de la *fazenda* y, en esta calidad, son por ella conformados. ¹⁸

La influencia de la dinámica de las plantaciones en la sociedad colonial, al punto de casi llegar a ser ésta un reflejo amplificado de aquéllas, se explica por varias razones. En primer lugar el trabajador libre no puede competir a nivel local con la mano de obra esclava, lo cual, como concluye Mintz, «inhibe agudamente el desarrollo de comunidades ocupacionalmente diversas de hombres libres en la región». ¹⁹ De ahí la autosuficiencia del modelo, ya que, por un lado, no establece relaciones de trabajo en la localidad y, por el otro, sólo establece relaciones comerciales con el extranjero, pues importa esclavos y maquinaria, y exporta azúcar y mieles. En este contexto económico y social con respecto a la base de su asentamiento, el ingenio produce los bienes y servi-

¹⁶ Gilberto Freyre, *The Masters and the Slaves [Casa Grande & Senzala]* (New York: Alfred A. Knopf, 1966), p. xxxiii.

¹⁷ Freyre, op. cit., p. xii.

¹⁸ Ribeiro, op. cit., pp. 262-263.

¹⁹ Mintz, op. cit., p. 922.

cios que consume o en su defecto —como sucede muchas veces con ropas, equipos y ciertas clases de alimentos—, debe importarlos del extranjero. Esta particularidad hace que la presencia del campesino en la región sea vista como *artificial*, en el sentido de que las plantaciones no se instalaron sobre una agricultura autóctona ni crecieron a partir de ella. En realidad tanto el campesino como el pequeño propietario agrícola, en sus distintas modalidades, se hallan en una situación de conflicto con respecto a las plantaciones.

Por otra parte, el hecho de que el ingenio azucarero, u otro tipo de plantación, fuera un negocio del cual obtenían ganancias tanto el plantador como la metrópoli, lo hizo acreedor de toda suerte de privilegios y protecciones, en detrimento de cualquier otra forma de explotación agrícola. Así, las mejores tierras tienden a ser apropiadas o controladas por las plantaciones, constituyendo la *primera agricultura*, en oposición a otras formas de explotación agro-pecuaria en tanto no sean complementarias. Esta peculiaridad, unida al monocultivo, determina la contradicción de que un país esencialmente agrícola se vea en la imperiosa necesidad de importar alimentos, e incluso de racionarlos, como ocurre en la Cuba de hoy. A su vez, las plantaciones serán los centros importadores de todo adelanto en la ciencia y en la técnica, relegando al campesino y al pequeño propietario rural a una agricultura obsoleta y, en casos agudos, de mera y limitada subsistencia. Estas contradicciones, lejos de atenuarse, se hacen más críticas durante el siglo XX. A propósito de esto, dice Mintz:

Durante la transformación del sector de la plantación en modernas fábricas en el campo, particularmente después del 1900, los sectores campesinos quedaron aún más relegados, ya que las carreteras modernas, los sistemas de comunicación y las tiendas de las compañías se desarrollaron en las zonas costeras. De manera que el contraste entre los campesinos y las plantaciones, hasta cierto punto, se ha hecho aún más agudo en este siglo.²⁰

De esta suerte, la Plantación, creada con el objetivo de ejercer perpetuamente su dominación, tenderá siempre a conformar una sociedad dividida violentamente en dos estratos: uno minoritario y libre, y otro mayoritario y no libre. Esta estructura tajante parece la ideal al grupo de poder que posea o controle el sistema de plantación, y así, la estructura esclavista persistirá bajo otras modalidades de relaciones de trabajo, y devendrá en la estructura económico-social del Estado, alcanzando a minar el futuro de las naciones del Caribe.

A esta altura, luego de estos comentarios sobre la significación de la Plantación en la región pan-caribeña, habría ya que responder la pregunta con que dimos comienzo a este trabajo. La respuesta sería: *sí*, ciertamente existe una cultura común a los países del área. Su presencia se constata en el espacio de fricción de un *discurso de poder*, generado por la Plantación, y un *discurso de resistencia*, que tiende a limitar en tiempo, en espacio y en intensidad las dinámicas del primero. Ambos discursos constituyen la cultura pan-caribeña, pero no hay duda de que su mayor especificidad, aquellas expresiones que tenemos por más caribeñas, se inscriben dentro de las múltiples y diferentes líneas de resistencia con que los pueblos del Caribe, desde hace más de cuatro siglos, tratan de frenar el devastador avance de las plantaciones.

Antonio Benítez Rojo

²⁰ Ibid., p. 925.

